

perando y halagando la vista en medio de las emanaciones pestilentes que exhalaba aquella inmensa sepultura. El sauce lloron era el árbol favorito de los mendocianos; se le veía en todas partes entre ellos; era el adorno predilecto de sus jardines, de sus plazas, de sus paseos, y sombreaba los patios de sus hospitalarias habitaciones, siembre abiertas al extranjero; hoy, á semejanza del recuerdo de gratitud que les he consagrado, se inclina y llora sobre los muertos.

El desfiladero de Uspallata reúne los caracteres



Ultima fuga y libertad de M. Guinnard.

sion vértigos cuando está serena, y amenaza con peligros mortales cuando, en ciertos momentos del año y del día, la atraviesa el viento de los ventisqueros. En tales casos, la violencia de la tormenta es tal que derriba las mulas cargadas y destruye los techos y las paredes de ladrillo de las *casuchas* ó casitas en que se refugian los correos durante el invierno. La garganta de Uspallata tiene también sus leyendas de muerte, y las numerosas cruces de madera que siembran su trayecto patentizan hasta cierto punto la sombría realidad que en aquellas se encierra.

Pero debo confesar que cuando la atravesé apenas era más accesible á la admiración de su magestuosa naturaleza, que á los peligros que en tales lugares podía correr. En el fondo de los Andes, como poco antes en Mendoza, como algunos días después en Valparaíso, y también como más tarde en el buque que me trajo á Europa, mi ánimo abatido por tan prolongadas desdichas, era únicamente sensible á dos ideas dominantes: la necesidad de volver á pisar el suelo francés, y una lucha incesante con los recuerdos de mi desastroso cautiverio. A semejanza de Murgon-

mas notables de esas *quebradas* ó gargantas profundas y estrechas que cortan de trecho en trecho el eje de la Cordillera. Allí, unas laderas cortadas á pico é inmensas, no dejan ver entre sus cimas negras y próximas al parecer á desplomarse, sino una estrecha zona del cielo; allí se abren mil abismos espantosos cuya enorme profundidad presente al escuchar el sordo mugido de los torrentes y las cascadas, el viajero que los rodea sobre un estrecho reborde practicado en las moles de peñascos; allí, en fin, se respira una atmósfera enrarecida y fría que oca-

Park, que se escapó de la tiranía de los moros de Sahara, no pude creer durante mucho tiempo que había recobrado mi libertad, siéndome preciso, como á este eminente viajero, «el Océano atravesado, el regreso á la patria y el reposo reparador del hogar materno, para librar mi sueño de las visiones, y mi cerebro de los fantasmas evocados por el odioso recuerdo de los salteadores del desierto.»

A. GUINNARD.

Habiendo regresado á Francia en el mes de enero de 1861, M. Guinnard encontró en la Sociedad de geografía y en su respetable presidente, M. Jomard la benévola acogida que merecían su juventud, su valor y sus largos infortunios. Alentado por el patronato de aquella sabia corporación, se ocupó en ordenar sus recuerdos y apuntes, á fin de ofrecer al público, á la par que una más lata esplanación de la narración que acaba de leerse, y que en cierto modo no es más que el primer bosquejo de su Memoria, un cuadro completo de las regiones salvajes recorridas por él, así como también de las costumbres, la lengua y las tradiciones de sus nómades habitantes.



Recolección del tabaco cerca de Villa-Rica.

## FRAGMENTOS DE UN VIAJE AL PARAGUAY,

POR EL DR. A. DEMERSAY.

1844-1847.

Desde París á las orillas del Uruguay.

Habiendo sido encargado en 1844 de una comisión científica en el Paraguay, me fue preciso penetrar en este país por la provincia brasileña de Rio-Grande del Sur, pues la guerra que á la sazón sosteníamos con Rosas me cerraba el camino, mucho más cómodo, del Rio de la Plata.

Omitiré los incidentes de esta primera parte de mi viaje, en que me fue preciso atravesar una provincia empobrecida por las discordias civiles. Nos acostábamos al aire libre, y la lista de los días en que me dormí sin cenar es bastante larga para que pueda olvidar los días aun más escasos en que obteníamos de la hospitalidad de los habitantes un asado de carne seca al sol.

En San Borja, antigua Misión de los jesuitas, en la orilla izquierda del Uruguay, tuve la buena suer-

te de encontrar á M. Aimé Bonpland, el célebre botánico compañero de viaje de M. de Humboldt, que sobrevivió poco á su mejor amigo. Lo que del Paraguay había llegado á mi noticia, y lo que sabía relativamente á la reserva y estremada circunspección de que es preciso rodearse allí en las más triviales relaciones de la vida, me hacían desear vivamente los oportunos consejos del sabio compatriota que había tenido tiempo suficiente para conocer bien dicho país durante su larga prisión.

Siempre tendré grabada en mi memoria mi entrevista con el sabio modesto, con el afectuoso anciano cuyo huésped iba á ser por espacio de muchos meses, á causa de los sucesos políticos que ocurrían sin cesar en las provincias limítrofes: cedo, pues, sin poder resistirlo, al deseo de describir la entrevista á que me refiero.

No había tenido por conveniente aceptar ninguna de las cartas de recomendación banal que á cada instante se ofrecen en América al viajero; y el traje en que me presentaba no era, por otra parte, — debo confesarlo, — muy á propósito para hacer formar de mí una ventajosa idea. Eran las dos de la tarde cuando me apeé delante de la modesta casa que á mi guía le había costado mucho trabajo encontrar en la estrechidad de la aldea de San Borja. Asaltado desde aquella mañana por una violenta tempestad, una continua lluvia tropical había deteriorado mi vestido. Mis largas y anchas botas, que chorreaban agua, caían en espirales sobre mis talones, en los que las detenían unas enormes espuelas de hierro que había comprado en la provincia de San Pablo. Un poncho de algodón inglés, con listas de colores chillones, bastante parecido al que usan los negros, pero salpicado de un barro arcilloso y rojizo, me cubría la espalda, y el obligado sable de los rio-grandeses me golpeaba las piernas. El desaliño de semejante traje me inspiraba alguna inquietud, porque la presencia de un criado francés, tan pobremente vestido como su amo, no era muy adecuada para inspirar confianza al huésped escogido por mí; así es que, á no haber sido por la escolta que las autoridades brasileñas habían puesto á mi disposición, hubiera corrido gran peligro de pasar, á juicio de personas menos indulgentes, por un viajero llevado á aquellas remotas comarcas por móviles enteramente ajenos á la ciencia. Pocas palabras me bastaron, sin embargo, para que M. Bonpland cambiase la expresión de sus escrutadoras miradas, porque le comuniqué mis proyectos y le dí á conocer el objeto de mi visita.

A consecuencia de los sucesos de que más arriba he hablado, no podía pensar en proseguir mi viaje al Paraguay: era preciso, por consiguiente, resignarse á esperar. Procuré, pues, engañar, por decirlo así, mi impaciencia, recogiendo con el mayor esmero los recuerdos del célebre naturalista que después de haber sido colaborador del ilustre Humboldt en un viaje científico que no ha tenido igual hasta el día, debió únicamente á su mérito, apreciado en breve por la emperatriz Josefina, el empleo de administrador de los dominios de la Malmaison y Navarra; empleo que conservó hasta la caída del imperio. Atormentado entonces por el deseo de regresar á América, se embarcó de nuevo, llegó á Buenos-Aires y emprendió una larga expedición que lo condujo al través de las Pampas, el Gran Chaco y Bolivia, al pie de los Andes, que se proponía explorar por segunda vez. Pero al llegar á las antiguas Misiones de los jesuitas, situadas á la orilla izquierda del Paraná, M. Bonpland se vió acometido de improviso, preso y atado por los soldados del doctor Francia, que le tuvo preso durante diez años, á pesar de un real decreto y de las ac-

tivas gestiones de M. de Chateaubriand, ministro en aquella época de Negocios extranjeros. Preciso sería ciertamente consultar la historia poco conocida de algún antiguo viajero del siglo XVI, para hallar una existencia más llena de aventuras que la de que se trata; porque en los tiempos en que vivimos son poco frecuentes entre los sabios esos destinos extraños y caprichosos en que domina lo imprevisto, y que parecen presididos por una fatalidad, incomprensible sin duda, pero cuyo poder y cuyos efectos es imposible desconocer por completo. Dotado de una memoria poco común, el antiguo administrador de Josefina tenía una conversación fácil y alegre, que salpicaba con mil curiosas anécdotas, y muy atractiva. Su vigor era igual á su memoria, y á pesar de su avanzada edad se le veía infatigable en montar á caballo. A semejanza de su ilustre amigo, M. de Humboldt, había adquirido en los Andes esa ancianidad centenaria contra la cual nada pueden ni la actividad corporal, ni los trabajos intelectuales. Parece que los viajeros que han explorado las elevadas montañas próximas al cielo, son como los navegantes de las regiones boreales. Cuando se visita á Greenwich no se puede dejar de inclinarse lleno de sorpresa, ante aquellos marinos, especie de siglos ambulantes que han pasado su juventud en medio de los eternos hielos de los polos. La misma longevidad parece ser patrimonio de los viajeros que han llegado á las nevadas cumbres del Illimani y el Chimborazo.

Todos los días dedicaba las horas de la siesta á la redacción de mis notas y al estudio de las cuestiones que mi huésped me indicaba como á propósito para ser el objeto de mis investigaciones. Cediendo á sus reiteradas instancias, accedí á volver á emprender el dibujo, que me habían hecho abandonar estudios más positivos, aunque no más interesantes. Comprendía toda la importancia que algún día tendrían para mí aquellos recuerdos incorrectos; y sin arredrarme por los obstáculos del principio, iba en las horas más calurosas del día á sentarme en medio de las ruinas de la iglesia, donde, protegido por un trozo de pared verduzca, me dedicaba con gran paciencia á reproducir uno por uno todos los detalles arqueológicos de aquel imponente edificio, que algunos meses después fue demolido para levantar en su sitio una nueva construcción. Pronto me atreví á más: de las riquezas esculturales pero inanimadas de la iglesia de los jesuitas, pasé al dibujo de paisaje, y al fin al dibujo de figura. Hice el retrato de muchos indios, empezando por los dependientes de M. Bonpland. Topfer dice en cierta parte de sus *Viajes en zigzags*, hablando del talento que como pintores adornaba á los nobles valaisanos, «que se ven obligados á ser fieles por torpeza y copistas por inesperienza.» Por mi parte, hice todos los esfuerzos po-

sibles para merecer la aplicación de este juicio de un hombre ingenioso.

Por la mañana acompañaba á M. Bonpland á la visita de sus enfermos, y por la tarde paseábamos por las inmediaciones de la población, dejando la libertad de elegir la dirección, á nuestros caballos. Algunas veces pasábamos muchos días seguidos acampados en medio de los bosques vírgenes, á fin de dedicarnos con toda holgura á la historia natural. Esta vida aventurera complacía mucho al célebre viajero, cuyos lejanos recuerdos reanimaba. Muchas veces también llegábamos hasta el Paso del Uruguay, aldegüela habitada á la sazón por el antiguo gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, desterrado por la política de una provincia que durante mucho tiempo había sabiamente gobernado. M. Ferré tenía por comisarios á tres jesuitas españoles que habían llegado pocos meses antes del Paraguay, y obtuve de ellos preciosos datos.

Misiones orientales.—Las ciudades de la Encarnación y la Asunción.—El diablo y el doctor Francia.

Las complicaciones políticas amenazaban ser eternas, y el camino del Paraguay continuaba cerrado. A fin de aprovechar el tiempo resolví explorar las Misiones orientales, reunidas al Brasil desde principios del siglo, realizando desde luego esta parte de mi itinerario, cuya ejecución había aplazado para mi regreso. Activé resueltamente mis preparativos de partida, y emprendí mi marcha bien penetrado de las instrucciones que me había dado M. Bonpland, para visitar una por una todas las Misiones de la orilla izquierda del Uruguay. Algunas poseían aun notables ruinas de su antiguo esplendor, al paso que el lugar de las otras se anunciaba únicamente por un montón informe de piedras hacinadas, invadidas y casi ocultas por una vegetación parásita. Los únicos habitantes eran algunos pobres indios esparcidos aquí y allí, ó diseminados al rededor de las cabañas, ó refugiados en los edificios de los colegios, y eran los que cuidaban de las iglesias cuando todavía se hallaban en pie. Reinaban por todas partes la miseria, la soledad y el abandono. En sus profundas huellas estaban impresos los estragos de la guerra extranjera, causados por la doble invasión de las hordas indisciplinadas de Artigas, por la del general Ribera en 1828, y por los desastres aun más recientes pero no más deplorables, de la guerra civil aplazada pocos meses antes.

Al volver de aquel largo viaje de privaciones y fatigas, encontré en casa de M. Bonpland cartas muy apreciables del Paraguay. M. Pimenta Bueno, encargado de Negocios del Brasil en la Asunción, á quien yo había escrito al mismo tiempo que al presidente de la república, había obtenido en mi favor el per-

miso, negado algunos meses antes á M. de Castelnau. Las instancias del hábil diplomático habían vencido las dudas del presidente, y al anuncio que me hacía de que en la frontera me sería entregado un pasaporte, añadía la cortés oferta de la más franca hospitalidad.

Terminados en breve mis preparativos, al recibo de tan faustas noticias, me despedí al fin del hombre bondadoso que tan cordialmente me había acogido; y seguido de algunos soldados atravesé rápidamente un país sin recursos y recorrido por merodeadores reclutados en las filas de un ejército enemigo.

El día en que entré en la Misión de Itapúa, hoy ciudad de la Encarnación, olvidé fácilmente los entorpecimientos, las fatigas y los peligros. Habíanme precedido las órdenes del presidente López; y poseído de gratitud recibí del gobernador de la plaza el pasaporte que me concedía los auxilios de hombres y caballos necesarios para trasladarme á la capital de la nueva y misteriosa república. Así caían ante mí las barreras que durante mucho tiempo temí hallar insuperables.

Construida en la orilla izquierda del Panamá, en el punto en que este caudaloso río, bajando del Norte se dirige al Oeste para reunirse al río Paraguay, la Encarnación dista 300 kilómetros en línea recta de la Asunción, capital de la república.

La Asunción, que fue colonizada por primera vez en 1536, contiene en la actualidad una población de cerca de doce mil almas, y se encuentra según los cálculos del americano Page, á 25° 16' 30" de latitud meridional, y á 60° grados de longitud. La ciudad está bien situada sobre un ribazo de 50 pies sobre el nivel del río, y con algunas mejoras gozaría de una ventajosa posición comercial. Pero el espíritu de empresa individual tiene allí un círculo muy estrecho, en atención á que el puerto es de propiedad del gobierno. En 1854 se construyó un muelle de piedra; pero aunque es, ciertamente, una obra de sillaría bastante notable, sería insuficiente para facilitar las transacciones, si algún día la Asunción llegase á adquirir un gran comercio exterior.

Los habitantes, muy aferrados á las rancias costumbres, continuarán cargando y descargando los buques por medio de lanchas, á no ser que algún extranjero emprendedor proponga un nuevo medio. Merced á los reglamentos extraordinarios del doctor Francia, las calles están construidas con regularidad y las fachadas de las casas son todas iguales. Un propietario algo caprichoso, cuya casa no estuviese construida con estricta sujeción á los mandatos del dictador, hubiera tenido la *satisfacción* de ver minada su propiedad, y dividida en dos ó cuatro partes, según las exigencias de la simetría; y esto, sin que se le comunicase de antemano ningún aviso, ningun-

na órden. Demolíanse algunas veces grupos enteros de casas, y se dejaban en ellas salones y alcobas de dimensiones mitad mas pequeñas que anteriormente. Algunas de estas desventuradas construcciones, asi cercenadas, se encuentran aun en las calles, produciendo un efecto altamente desagradable á la vista.

Las casas constan invariablemente de un sólo pi-

so; algunas son grandes y de buena construccion, y contienen seis, ocho ó diez aposentos bien ventilados, que dan á un patio. Los ladrillos que entran en estos edificios son de formas y dimensiones particulares, pues tienen de 10 á 12 pulgadas de largo, 8 de ancho y 2 de espesor. Las casas mas ricas tienen el techo de tejas; los aleros sobresalen tres ó cuatro pies



El doctor Francia.

de los canalones; pero en la mayor parte de las demás la construccion del techo se termina antes que el resto de la obra; clávanse estacas en el suelo y sobre ellas se colocan tablas que sostienen las vigas, y luego se ponen transversalmente armazones de caña ó bambú bastante inmediatos unos á otros para retener la argamasa que tapa las rendijas, ó unir las tejas. En este género de casas, lo que mas comunmente se emplea son los troncos de palmera, preparados como acabo de describir.

Los principales edificios públicos son: el *Cabildo*,

la catedral, y dos ó tres iglesias del tiempo de los jesuitas. En el Cabildo celebra sus sesiones la Asamblea nacional. Las iglesias están bien conservadas, excepto una, que parece mucho menos frecuentada que las otras. Aquella buena gente habla pocas veces de semejante iglesia, porque sobre ella pesa un terrible misterio. En cierta época contuvo los restos mortales del doctor Francia: allí fue enterrado este personaje, y sobre su tumba se erigió un monumento; pero una mañana en que como de costumbre se abria el templo á los fieles, el monumento saltó en

mil pedazos que en un instante cubrieron el suelo, desapareciendo para siempre los huesos del tirano, sin que nadie intentase inquirir la causa de tan extraño suceso; y desde entonces el rumor público anuncia en voz baja que el diablo vino á llevarse su hacienda, es decir, el alma y el cuerpo del difunto.

Algunas palabras acerca del doctor Francia, dictador del Paraguay.

La historia del Paraguay, desde su emancipacion del dominio de España, no es sino la historia del célebre personaje que supo mantener su país por espacio de treinta años bajo el yugo del mas caprichoso



Una venta ó taberna de las provincias fronterizas del Plata.

despotismo; del hombre singular á quien su egoista y cruel política coloca en la triste categoría de los azotes de la humanidad.

José Gaspar Rodríguez de Francia, que nació en 1757 y murió en la Asunción el 20 de setiembre de 1840, se complacia en repetir que la sangre que circulaba por sus venas era sangre francesa; pero nada justifica esta pueril pretension. Despues de tomar el grado de doctor en derecho canónico en la célebre universidad de Córdoba, dirigida por los frailes franciscanos despues de la espulsion de los jesuitas, el jóven José Gaspar regresó á su patria, se hizo lealista, y supo granjearse la estimacion aunque no el cariño de sus conciudadanos, por su talento é integridad; por esto, cuando algunos años despues llegó el momento de constituir un gobierno, á consecuen-

cia de la deposicion del gobernador Velasco, el puesto del doctor se encontró señalado de antemano en los consejos de su ambicion. Elegido sucesivamente miembro de una junta ejecutiva, primer cónsul y dictador por tres años, tuvo el arte de hacerse nombrar *dictador perpetuo* por un congreso compuesto de pobres hombres, incapaces de comprender la estension y la significacion de este título, y de reflexionar sobre las formidables prerogativas que acababan de conferirle. Libre entonces del temor que pudieran inspirarle las siempre intranquilizadoras veleidades del escrutinio, Francia, que habia sabido reprimirse mientras duró su magistratura temporal, dió rienda suelta á sus instintos, é hizo pesar sobre su desgraciada patria el yugo de la mas odiosa tiranía.

El descubrimiento de una conspiracion fraguada